BIBLIOTECA CENTRAL

OTRA AMONESTACIÓN

PARA UN MATRIMONIO.

DESDE que Jesucristo elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento, dudo que otros esposos se hayan acercado al altar con menos ilusiones y mejor aparejados que vosotros, por saludables adversidades, á recibir la gracia sacramental. Una larga experiencia os ha enseñado, sobre todo á tí ¡oh joven esposa! que la felicidad no consiste en las riquezas, ni en el fasto, ni en el esplendor. Lo mismo en el tiempo del inspirado Salomón, que en la época presente, es engañador el donaire y vana la hermosura terrena, *fallax gratia et vana est pulchritudo*, y los que parecen á los ojos del mun-

do dichosos y opulentos, son á menudo los más desgraciados de los mortales.

De seguro que al ver á muchas de tus amigas volar antes que tú á las bodas, contentas y risueñas, creyendo que un camino de rosas se presentaría en lo de adelante bajo sus piés, que todo sería paz, y dicha, y ventura, de seguro que lanzarías sobre ellas una mirada de compasión. Tú fuiste desde pequeña testigo de las amarguras que encubre el techo conyugal; tú viste cuál se aja la hermosura en la flor de la edad, y cómo la mujer más robusta pierde la salud y las fuerzas en un instante. Te tocó ser desde niña, no sólo consuelo de tu padre y de tus hermanos, sino madre de tu misma madre, convertida por horrible dolencia en infante más inútil que la criatura que acaba de nacer. Cuando la triste realidad de las desventuras de la vida, de la vanidad de las riquezas y de la fragilidad de las cosas terrenas pesa aún sobre tu alma, ¿puede presentar á tus ojos la senda que vas á recorrer los mismos atractivos, la misma poesía, las mismas ilusiones que á tantas inexpertas doncellas que jamás probaron el dolor?

Y sin embargo, no retrocedes, y coronada de azahares vienes á pedir al ministro de Dios que bendiga los lazos que vas á anudar para siempre. ¿Qué fuerza irresistible te arrastra hasta el ara sacrosanta? ¿Qué virtud oculta seca tus lágrimas, disipa tus temores, y te infunde un valor desconocido en la antigüedad?

Una virgen de Esparta ó de Roma, que hubiera gustado la amarga copa que tú has apurado hasta las heces, temblaría al ver encenderse para ella la antorcha de himeneo. Temería que, al agostarse sus gracias por la enfermedad ó por el tiempo, infamante repudio la hiciese todavía más desgraciada, y la cubriera de un deshonor que no bastaría á dorar ni un mausoleo tan suntuoso como el de Cecilia Metela. ¿Qué digo? Aun una israelita, aun una mujer de ese pueblo predilecto de Dios, que con la Religión entonces verdadera conservaba las tradiciones del paraíso; aun una israelita, en tus circunstancias, habría visto levantarse ante sus ojos la sombra de Agar, y no habría podido menos que estremecerse, al soñar que una esclava pudiera algún día arrojarla de su honroso puesto.

Pero una doncella cristiana, una hija obediente de la Iglesia católica, aunque por un lado no se forje risueñas pero quiméricas ilusiones, tampoco dejará que la perturben fantasmas aterradoras. Sabe que desde que Cristo santificó con su presencia las bodas de Caná, ya no es el matrimonio un mero lazo terreno que une los cuerpos con un fin rastrero, sino un vínculo santo que liga ante todo las almas inmortales de los cónyuges con cadenas purísimas de amor sobrenatural; una unión que representa á lo vivo la del mismo Jesucristo con su Iglesia, y es como ésta, sagrada, eterna, indisoluble. Sabe que una gracia especial se derrama sobre los cónyuges que debidamente se unen ante el altar, la cual santifica su amor y les da fuerzas para sufrir las penalidades de la vida, para conservarse mutuamente, aun en medio de las tentaciones que las riquezas ó la miseria, la prosperidad ó la desgracia, por distintos caminos presentan, esa fidelidad que se juran al unirse. Esa gracia persevera y dura desde la juventud hasta la vejez, desde las primeras gotas de miel que pueden gustarse, hasta las amarguras que van trayendo los años y las enfermeda-

des, las vicisitudes y los desengaños. Esa gracia les hace disimularse recíprocamente los defectos de que ningún mortal está exento, y fijarse en la perpetua belleza y eterna juventud del alma, sin pararse en la fragilidad ó el deterioro de la capa de barro que la cubre.

Estas verdades, que otras han aprendido en los libros, tú las has estudiado prácticamente; y traes á tu esposo un tesoro de experiencia más valioso que cuantos torrentes de plata han podido verter las minas de tus progenitores. ¡Rica dote, en verdad! ¿Qué son, ante las virtudes que has atesorado en largos años de penas y tribulaciones, las joyas y atavíos de que otras se adornan? Que ostenten sus riquezas, que despleguen sus galas, que se gloríen en su esplendor; tú á todas aventajas como la mujer fuerte del Evangelio: *multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.* La Providencia te ha colocado en esa situación que el Apóstol de las Gentes señalaba á los fervientes cristianos que acababa de convertir, como el ápice de la perfección. Naciste entre riquezas, pero jamás gozaste de tu oro; no te arrebató el cielo á tu madre como á mil huérfanas desgraciadas, pero más infeliz que ellas mismas, la veías sin poder disfrutar sus caricias, la poseías sin que pudiera manifestarte su amor, tenías todo, en una palabra, pero como si no lo tuvieses, *tanquam omnia habentes et nihil possidentes.* ¡Feliz aprendizaje el que te deparó la Providencia! Dura escuela, pero fecunda en benéficos resultados, que tu esposo por ahora y más tarde tus descendientes tendrán que agradecer al Supremo Dador de todo consuelo.

Quiera el Señor trocar en rosas lo que hasta aquí sólo te ha servido de punzantes espinas. Que la paz y la

tranquilidad reinen en tu hogar, y que esas virtudes domésticas que en medio de tus padecimientos adquiriste, sean la flor más fragante de tu corona nupcial. ¡Sí! Yo confío que el Señor os bendecirá á entrambos á manos llenas, y así se lo pido en la humildad de mi corazón. Yo espero que esa gracia especial del sacramento del matrimonio, cuyos admirables efectos habéis tenido ya ocasión de admirar, inundará desde hoy vuestras almas, y no os abandonará jamás.

¡Oh santo matrimonio cristiano, sublime misterio, *magnum sacramentum!* ¿Cómo es posible que haya quien te desconozca, que te desprecie, que quiera rebajar tu dignidad? ¡Nuevos esposos, católicos todos que me escucháis! Al oir dentro de breves instantes las oraciones sublimes de la Iglesia, al presenciar sus ritos y admirar sus augustas ceremonias, prometed al Señor en vuestros pechos esforzaros siempre y sin temor para que la santidad del matrimonio se conserve incólume entre nosotros, que las doctrinas de la Iglesia se acaten y veneren, que las tradiciones de nuestros mayores no se ofusquen ni se desvanezcan. Vosotras sobre todo ¡oh mujeres! pues sois las que más padecéis desde que se ataca al matrimonio cristiano, pues sois las mas amenazadas en vosotras y en vuestros hijos, redoblad vuestros esfuerzos y vuestras plegarias. Por poco se empieza, como la historia nos demuestra; pero se va á parar en la esclavitud; ¿qué digo? en la degradación total de la mujer, hasta ponerla á nivel con las cosas que se compran y se venden, que se aceptan cuando agradan, y se desechan cual trajes usados desde el momento que son inútiles ó desagradables.

No os pese que al acercaros al altar os muestre por un instante el abismo á que conduce el desprecio de las doctrinas católicas, que por dicha profesáis; su vista, lejos de amenguar, aumentará vuestra felicidad que ya no quiero retardar.

SERMÓN

PREDICADO EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE GUANAJUATO, AL TOMAR POSESIÓN DEL CURATO DE LA MISMA, EL DÍA DE PENTECOSTÉS, 20 DE MAYO DE 1866.